

## PROBLEMAS CON LOS CONSEJEROS DE SUPERVISIÓN EN MEDELLÍN Y BREMEN

Como era mi deber, había informado permanentemente al Consejo de Supervisión en Bremen tanto sobre los acontecimientos de la vida económica, como en especial sobre las dificultades con la Superintendencia Bancaria. Mientras el viejo señor Held vivió, esta correspondencia había sido de gran importancia para mí. Rara vez escribíamos cartas largas, pero si yo planteaba determinada pregunta, es decir, pedía una opinión, recibía sin excepción una respuesta también determinada. Desde su fallecimiento, ya no sucedía así, la correspondencia había aumentado en volumen, pero perdió en contenido, y sobre la tan importante cuestión de defender el futuro de la sucursal de Bremen frente a los ataques de la Superintendencia, me fue imposible lograr un apoyo significativo.

Tampoco Bremen fue capaz de ayudarme con consejos o acciones en otro asunto mucho más importante: mantener la influencia extranjera en el banco, que después de todo pertenecía, en su mayor parte, a accionistas extranjeros. Aunque no se dijo abiertamente, este fue el objetivo de los ataques que se dirigían desde la Superintendencia. Tanto para mí, como para mis colegas Gundlach y Krische, esta circunstancia fue evidente desde un principio. Pero era en apariencia imposible convencer a Bremen de la seriedad de este peligro. Me respondieron desde allí que con seguridad yo estaba nervioso y sobrecargado de trabajo; en otras palabras, veía fantasmas y lo mejor sería que me tomara, lo más pronto posible, unas vacaciones y viajara a Europa (no por descanso, sino para analizar la situación en diálogo con los accionistas alemanes). También me lo recomendaron mis colegas y el Consejo de Supervisión de Medellín. Sin embargo, no fue hasta los primeros días de enero de 1929 que tuve la oportunidad de realizar este viaje.

Mi visión personal de la situación y del futuro del banco, a la cual llegué después de minuciosas consideraciones y en total acuerdo con mis colegas mencionados, fue aproximadamente la siguiente:

1. El desarrollo favorable hasta ese momento, incluyendo la creación del banco, se debía casi exclusivamente a capital foráneo y, en su mayor parte, a la iniciativa y la conducción comercial extranjera.
2. Las dificultades que la Superintendencia presentó al banco no tenían otro motivo que preparar la posibilidad de transferir la dirección del mismo, de manos alemanas a manos colombianas.
3. La debilidad política y económica de Alemania sin duda hizo que el momento de tal intento fuera muy favorable.
4. Un traspaso de la conducción de manos alemanas a manos colombianas no beneficiaría los intereses de los extranjeros, que eran los poseedores de la mayoría del capital accionario. De igual manera, los bancos de Nueva York rechazarían tal evolución, teniendo en cuenta los grandes créditos concedidos por ellos, como supe por mis negociaciones con ellos.
5. No había otra posibilidad de mantener el carácter extranjero del banco, que transformarlo en una empresa estadounidense, con sede central en los Estados Unidos.
6. Cualquier intento basado en las condiciones existentes dentro del banco para llegar a una solución satisfactoria permanente con la Superintendencia debía considerarse inútil. Esto último se refería en especial al futuro de la sucursal de Bremen.

En cuanto a la situación económica general de Colombia, había llegado a la conclusión de que en vista de las exageraciones en todas las áreas, en especial de la del aún creciente y continuo endeudamiento privado y público desmedido del país, era inevitable una catástrofe, la cual también tenía que afectar la moneda nacional, que hasta ese momento había sido tan estable. Un hecho así necesariamente debía ocasionar un daño enorme al banco. Además, para evitar este peligro (al menos en gran parte, pues del todo nunca hubiera sido posible), apoyé con firmeza el traslado de la sede central del banco a los Estados Unidos. Mi propuesta a realizar después de este paso, bajo restricciones de las transacciones del banco, era la de convertir la mayor cantidad posible de su capital en dólares estadounidenses y depositarlos inmovilizados, por el momento, en Nueva York. La limitación comercial propuesta en Colombia de seguro iría a ser interpretada y aprovechada por la competencia en detrimento nuestro en todo sentido, en especial por los dos bancos de Bogotá que se estaban expandiendo ampliamente en ese momento. En mi opinión, esto podría haber sido aceptado con un leve encogimiento de hombros. Estaba demasiado convencido de que la catástrofe se avecinaba y que los bancos de Bogotá, nuestra principal competencia, se quemarían los dedos de forma tan peligrosa que no debíamos temer un daño duradero con relación a la posición de nuestro banco.

Mi propuesta de norteamericanizar el banco nacía de la certeza de que Colombia se ubicaba, desde hacía unos años, en el centro de interés estadounidense, y por su ubicación geográfica, así como por sus relaciones de comercio exterior, seguiría estando allí. Cuando llegué por primera vez a suelo colombiano en 1911, la influencia norteamericana prácticamente no existía. Recién desde 1923 se hizo cada vez más perceptible, y solo en los últimos años había adquirido una importancia decisiva. Tan fuerte era esta influencia, que incluso los intereses ingleses, que habían sido tan poderosos en el pasado, retrocedieron ante ella, ejemplo de lo cual fui testigo.

Una sociedad petrolera colombiana, la Unión Colombiana de Petróleos, en cuya Junta Directiva yo había sido elegido como miembro, había desarrollado negociaciones, que ya estaban bastantes adelantadas, con la Anglo-Persian Oil Co. para explotar en común ciertas tierras, cuando repentinamente fueron interrumpidas por parte de la sociedad inglesa. Como nos explicó su representante, el coronel Yates, círculos estadounidenses se habían opuesto a la participación de sociedades inglesas en el negocio petrolero colombiano, contra quienes consideraron conveniente no contravenir esta postura. Dicho sea de paso, los ingleses no perdieron nada en esta ocasión, pues en las tierras en cuestión nunca se halló petróleo.

En 1928 el comercio entre Colombia y los Estados Unidos representó aproximadamente cerca del setenta y cinco por ciento de todo el comercio exterior colombiano. Era casi la misma situación de las transacciones comerciales de nuestro banco. Los créditos concedidos por los bancos neoyorquinos superaban el capital y las reservas del banco, y casi todas las empresas estadounidenses instaladas en Colombia pertenecían, en menor o mayor grado, a nuestra clientela. Por otro lado, nuestros negocios con Alemania, así como con las empresas alemanas instaladas en Colombia, eran insignificantes.

La transformación del banco en una institución estadounidense habría abierto aún más el acceso al mercado capitalista norteamericano, hubiera creado la posibilidad de fundar sucursales en otros países latinoamericanos y, en el mejor de los casos, quizás lo hubiera convertido en el primer banco norteamericano para América Latina, que aún hoy en día no existe. Estas ideas no eran en absoluto meras fantasmagorías mías, sino que un hombre de la envergadura de Paul M. Warburg, con quien ya había hablado sobre el futuro del banco en 1927, era exactamente de la misma opinión.

Cuando mencioné el plan de la norteamericanización al Consejo de Bremen por primera vez, la inmediata y espontánea réplica fue: “¿Y que será entonces de los intereses de los accionistas alemanes?”. Respondí que los accionistas alemanes debían tener claro, antes que nada, que el futuro no les permitiría otra elección que decidir si el banco se convertiría en colombiano o norteamericano.

Cualquier esfuerzo por mantener de forma duradera el carácter alemán del banco sería totalmente infructuoso. Incluso, en vista de la superioridad que los círculos colombianos evidentemente ya sentían hacia los alemanes, ni siquiera consideré como una tarea fácil obtener la aprobación de los colombianos, que ya creían controlar al banco para su norteamericanización. Con referencia a los accionistas alemanes, tenía la esperanza de obtener su aprobación ante la perspectiva de un aumento en el valor de las acciones. Además, los círculos estadounidenses, cuya participación en la ejecución del proyecto se esperaba, no solo permitirían una mayor participación del elemento alemán en la conducción del banco, sino que incluso la deseaban expresamente. No obstante, la sucursal de Bremen tendría que convertirse, en todo caso, ya sea en una sucursal del nuevo banco norteamericano, o en una empresa independiente.

Después de un extenso intercambio de correspondencia, el Consejo de Supervisión de Bremen pareció aceptar la idea. Me encargó la misión de preguntar al Consejo de Medellín cuál era su postura al respecto, pero en lo demás no actuar en nada sin antes conversar el asunto durante mi visita programada a Bremen con los interesados locales.

Mediante la referencia a las posibilidades que se darían, no solo para el banco, sino para Colombia en general, a través de la norteamericanización del Banco Alemán Antioqueño, logré obtener la aprobación básica del Consejo de Supervisión de Medellín para el plan. Este se declaró dispuesto a defenderlo ante la Superintendencia en el momento preciso y me solicitó emprender mi viaje a Bremen tan pronto como fuera posible.

Antes de poder viajar, el banco sufrió una gran pérdida por la muerte del presidente del Consejo de Medellín, Alejandro Echavarría, quien falleció después de una breve enfermedad el 18 de noviembre de 1928. Perdí así a un valioso consejero, que se había hecho sumamente importante para mí desde la muerte de Adolf Held. Había sido uno de los principales accionistas del Banco Alemán Antioqueño, en el cual siempre mostró gran interés. A través de su naturaleza tranquila, reflexiva y conservadora, surtió el efecto de equilibrador entre los distintos elementos que participaban en la conducción del banco.

El año 1928 fue para el banco, como también para mí, un año lleno de sucesos, y el año siguiente traería consigo el final del desarrollo de ellos.

Entre los recuerdos desagradables que me dejaron los sucesos de 1928 ocupa un lugar importante el del comportamiento desleal de dos apoderados alemanes del banco, uno de los cuales, Eduard Gast, había trabajado unos ocho años, y el otro, Kurt Herzog, dos o tres años en él, y habían estado bien remunerados con relación a sus rendimientos nada excepcionales. Debido a ciertas razones de venganza, cuyo origen nunca pude determinar con exactitud, le susurraron a la Superintendencia, es decir, al doctor Félix García

Ramírez, todo tipo de sospechas sobre la dirección comercial alemana, así como del Consejo de Supervisión alemán en Bremen, sin tener en cuenta que ellos mismos, aunque en una posición muy subordinada, pertenecían a la dirección comercial alemana. El doctor García fue receptivo a estos rumores, los que contribuyeron a hacer su proceder aún más hostil.

Una vez terminada su revisión y la Superintendencia admitir que no había nada que impugnar a la forma de proceder por parte de los directivos alemanes, los dos difamadores fueron despedidos en el acto. Pese a que ambos intentaron apelar a través de la Superintendencia, esta rechazó cualquier interferencia, para lo cual estaba facultada, pero le dio a uno de ellos, a Herzog, un pequeño puesto en sus oficinas de Bogotá, con lo cual lo reconoció públicamente como cómplice. Murió allí unos dos años después de su despido del Banco Alemán Antioqueño. El otro, Gast, se instaló en Bogotá como contador y auditor, donde llevó una vida tranquila.

Con excepción de estas dos personas, todo el personal del banco demostró ser totalmente confiable en este tiempo difícil. De los empleados colombianos, que eran de lejos la mayoría, ninguno apoyó los ataques de la Superintendencia contra la dirección alemana.

A comienzos de enero de 1929 inicié el viaje planeado a Alemania. Teniendo en cuenta que nuestra pequeña hija no se desarrollaba como debía ser y confiábamos en que el cambio de clima traería consigo una mejora, habíamos decidido que Elisabeth me acompañara con los niños y pasara allí una prolongada estadía. Dejamos nuestra casa, los muebles fueron llevados a un depósito y el caballo se vendió.

Dado que había bastante equipaje para llevar, y creo que el médico había desaconsejado hacer el viaje en avión con la débil niña, tuvimos que hacerlo por el río, en vapor. Elisabeth había tomado todas las precauciones posibles para garantizar el cuidado de los niños durante el recorrido y había llevado agua potable hervida del hotel en Puerto Berrío, y demás. A pesar de esto, iba a ser un viaje con dificultades.

Durante la travesía en tren, Elisabeth tuvo que tranquilizar a la pequeña, que gritaba asustada cuando la locomotora hacía sonar su silbato o cuando las ruedas rechinaban más que de costumbre en las curvas interminables. Las cosas empeoraron aún más en el barco, con su sirena todavía más estridente que, como de costumbre, se usaba en exceso. Era motivo de preocupación que la criatura había perdido peso en el último tiempo y casi no quería comer.

El vapor había partido de Puerto Berrío en la tarde y se encontraba temprano en la mañana siguiente cerca de Barrancabermeja, cuando la niña tuvo otro ataque de gritos, su cuerpo se puso azul y se halló en un estado crítico. A

bordo no había médico. Sin embargo, el capitán nos dio esperanzas de que pronto llegaríamos y allí tendríamos suficiente tiempo para llevarla donde uno de los médicos de la Tropical Oil Company.

Así fue. El médico, norteamericano, nos dijo que el estado de la niña exigía sin duda precaución, pero que no había un peligro inmediato; podíamos continuar el viaje a Barranquilla, para lo cual nos dio algunos consejos referentes a la alimentación de la pequeña. Sin embargo, el inicio del viaje por el océano desde allí lo debíamos postergar hasta que el médico que la viera en esa ciudad lo considerara conveniente.

Sin otro incidente llegamos a Barranquilla, donde nuevamente nos alojamos en la cabaña. Un médico alemán-colombiano, el doctor Max Rehbein-Peralta, se encargó del tratamiento de la niña enferma; este fue exitoso y en el lapso de dos semanas él nos comunicó que no había inconveniente en continuar nuestro viaje.

Justo era la estación más hermosa en Barranquilla, la época de la brisa, y por eso pasamos los días antes de la partida de nuestro vapor en el hotel Atlántico, en Puerto Colombia. Aunque bastante primitivo, era, sin embargo, soportablemente limpio y bien administrado; tenía la ventaja de estar ubicado muy cerca del mar y dar así la posibilidad de bañarse en el océano. Para nosotros, que vivíamos lejos, en el interior y en lo alto de las montañas, esto tenía un atractivo especial.

El vapor en el cual habíamos reservado camarotes para el 8 de enero de 1929 era un barco nuevo de la Hamburg Amerika-Linie, el Magdalena. Estaba muy bien equipado, con especial consideración a las condiciones tropicales. En cubierta había incluso una piscina, instalación aún muy poco frecuente en aquel entonces.

En Curazao, nuestra primera parada, nos encontramos por casualidad con mi amigo Otto Kemmler, quien estaba con su esposa y su pequeña hija en el viaje de regreso, tras una estadía en Europa, a Colombia. Hubo tiempo suficiente para festejar el encuentro con una bebida fresca.

El viaje transcurrió también de forma agradable. El vapor estaba ocupado por completo y entre los pasajeros, cosmopolitas, reinaba un ambiente divertido y amistoso. Elisabeth pudo contabilizar un triunfo social al ser galardonada con el premio a la mejor bailarina en una noche de baile, aunque tenía una fuerte competencia.

Cuando nos aproximamos al mar del Norte el clima se tornó sensiblemente frío; cruzamos repetidas veces extensos sectores de témpanos de hielo traídos por los ríos. Una familia venezolana, que no tenía ropa de invierno consigo y fue sorprendida por el helaje, pasó bastantes problemas, hasta que una corta estadía de nuestro vapor en Róterdam le dio la oportunidad de adquirir lo

necesario. También nosotros hicimos algunas compras en los grandes almacenes Bienenkorb.



Elisabeth y Hans Sitarz en el vapor SS Magdalena, enero-febrero de 1929

Nuestros hijos habían soportado bien el cambio del calor tropical al invierno nórdico. Llegamos el 17 de febrero de 1929 a Hamburgo sanos y salvos, desde donde seguimos viaje sin pérdida de tiempo a Bremen, donde inicié enseguida las conversaciones con los representantes de los accionistas alemanes. Estos eran principalmente el sucesor y yerno de Adolf Held, Karl Bollmeyer, como también Thiel y Kellner. Bollmeyer estaba casado con Margret, la hija mayor de Adolf Held.

Desde un comienzo constaté que mis opiniones y temores ya mencionados eran solo ligeramente compartidos por los señores de Bremen. Se reconoció que las dificultades con la Superintendencia habían sido muy desagradables

y que aún lo eran, pero se permitían suponer que era algo pasajero y que todo estaría de nuevo en perfecto orden en un tiempo prudencial. Por lo tanto, se me comunicó que no querían apresurarse. Primero debía tomarme tranquilamente unas pequeñas vacaciones; mientras tanto, se seguiría estudiando la situación aún más, basándose en mis informes, y paulatinamente se hallaría la solución correcta. En cuanto a dicha solución, era imaginable que cambiaría lo menos posible las condiciones existentes. Bollmeyer pensaba, en primer lugar, y no sin razón, en mantener la posición, hasta ahora decisiva, de la empresa Held en el marco del banco. Thiel y Kellner, deseaban asegurar sus posiciones personales.

Por lo tanto, abandoné Bremen para visitar primero a mi madre y mis hermanas, y creo que estaba aún en Stettin cuando llegó un largo cable del Consejo de Supervisión desde Medellín, en el cual se informaba sobre nuevas dificultades con las autoridades de supervisión bancaria y se solicitaba mi inmediato regreso al trabajo.

En ese momento comenzaron en Bremen a preocuparse bastante. Se comprendió que los peligros sobre los cuales había informado no existían solo en mi imaginación, y ya que ninguno de estos señores estaba en condiciones de aportar siquiera una propuesta de solución, se comenzó a evaluar, por primera vez con seriedad, mi plan de norteamericanización.

No había dudas de que debía acatar al instante el llamado del Consejo de Medellín, pero con su consentimiento se decidió que hiciera el viaje de regreso pasando por Nueva York para establecer allí los detalles de la norteamericanización con el International Acceptance Bank, es decir, con Paul M. Warburg. La ejecución del plan debía estar sujeta a la aprobación del Consejo de Supervisión de Medellín, o sea de los accionistas y las autoridades bancarias de Colombia. Desde Nueva York también debía informar a Bremen, donde, aunque a regañadientes, pero a falta de otra salida, básicamente estaban de acuerdo con la estrategia. La firma bancaria J. Henry Schroder & Co., con sede en Londres, que pertenecía a los accionistas del banco y cuya opinión fue recabada por mí a través de su representante en Hamburgo, también se adhirió a esta opinión.

Diecisiete días después de nuestra llegada a Hamburgo, me embarqué en Bremen para el viaje a Nueva York, el 6 de marzo de 1929, en el vapor Berlín, de Lloyd. Elisabeth me acompañó a bordo. Ella no estaba muy de acuerdo con mi partida tan intempestiva, pero se resignaba a lo inevitable. Afortunadamente persistía la mejoría, que había comenzado en Barranquilla, de nuestra pequeña hija, Nena, como la habían nombrado las niñeras colombianas y nosotros así seguíamos llamándola; el niño, que ahora tenía más de dos años, a su vez estaba bien, así que no debíamos preocuparnos por ellos.



Debido a la estación invernal —era marzo de 1929— el vapor transportaba pocos pasajeros. Tenía un camarote grande para mí. Como casi todos los pasajeros de primera clase, yo también me senté, durante las comidas, en la mesa del capitán. Uno de los pasajeros era el hijo mayor del expríncipe heredero alemán, el príncipe Louis Ferdinand. Él y su comitiva, que también incluía algunas jóvenes damas, se divertían en la cubierta superior del barco cuando había buen tiempo, representando y filmando pequeñas escenas. El príncipe tenía alrededor de 26 o 28 años, era de buena presencia y comportamiento discreto. A pesar de la estación del año, tuvimos con frecuencia tiempo bastante bueno y casi siempre un mar tranquilo.

Llegamos un domingo a Nueva York, y el lunes en la mañana inicié las entrevistas con el International Acceptance Bank, que avanzaron rápidamente porque Warburg ya había solicitado a sus abogados de la empresa Appleton, Rice & Perrin la elaboración de todo el plan. Asimismo, ya había obtenido la *Charter*, autorización oficial para el registro del banco como institución estadounidense. La sede central sería la ciudad de Hartford, en el estado de Connecticut, cuyas leyes parecían ser especialmente favorables con respecto a este caso. Después de unos días pude enviar un informe completo a Bremen y luego iniciar mi viaje a Colombia, durante el cual tuve un intercambio de telegramas con Nueva York y Bremen tan intenso que la estación de radio a bordo estaba asombrada. Fue un gusto bastante costoso.

Lleno de grandes esperanzas por la solución de nuestras dificultades del momento, al igual que por el futuro desarrollo del banco, llegué a Medellín. Al Consejo presenté un informe detallado sobre las conversaciones realizadas en Bremen y Nueva York y sometí el plan elaborado en Nueva York a su consideración. Tras exhaustivas deliberaciones, fue aprobado. También las autoridades bancarias se habían manifestado, en principio, de acuerdo con él. No faltaba nada, solo la orden de Bremen para convocar a una asamblea general y concretar el plan. Conjuntamente con el Consejo de Supervisión, se envió por telégrafo un informe detallado a Bremen solicitando la autorización de avanzar en los pasos necesarios para su realización.

Confiado, esperé la respuesta de Bremen. Pero resultó de forma diferente a lo que yo tenía razones para suponer. Tampoco estaba dirigida a mí, sino a uno de los miembros del Consejo de Supervisión, creo que era Manuel M. Escobar O. Se preguntaban en el cable si era necesario realizar el plan: los accionistas alemanes preferían que todo pudiera seguir como estaba en ese momento.

Sentí como si hubiera recibido un golpe ensordecedor, y el Consejo de Supervisión se encontraba conmocionado. Todas las negociaciones entre Medellín y Bremen habían sido hechas, sin excepción, a través de mi persona, y el Consejo de Medellín nunca tuvo alguna duda de que representara correctamente las

opiniones de Bremen. Así que, de repente parecía que este no era el caso en absoluto, sino que yo había presentado opiniones que de ninguna manera condecían con las de los accionistas alemanes. Por supuesto, proporcioné cartas y cables que atestiguaban lo contrario. Sin embargo, en el Consejo de Supervisión de Medellín perduró la impresión de que entre Bremen y mi persona no había unidad y desde ese momento su relación conmigo, que había sido excelente durante tantos años, se fue deteriorando.

El Consejo colombiano había apoyado el plan de la norteamericanización porque quisieron apoyar por camaradería el deseo de los accionistas alemanes, que anhelaban conservar el banco como empresa extranjera. Esta era la opinión que yo siempre había sustentado en nombre y por encargo de los accionistas alemanes. Ahora, repentinamente, resultaba que los accionistas alemanes no deseaban de ninguna manera esto, a pesar de conocer los esfuerzos de la autoridad bancaria de nacionalizar el banco, preferirían esto a cualquier otra alternativa. Los miembros del Consejo eran en primer lugar colombianos, y no obstante estaban dispuestos a respetar los deseos de los accionistas alemanes de mantener el carácter extranjero del banco. Sin embargo, la posibilidad de que el banco fuera cada vez más colombiano, era decididamente mejor y la aprovecharon con determinación. Yo representaba para ellos el único obstáculo en el cometido de esta evolución. Nuestra relación recíproca se enfrió y se realizaban reuniones del Consejo de las cuales yo no debía enterarme, algo que nunca antes había sucedido.

Me quejé amargamente ante el Consejo de Bremen, con relación a lo que solo podía calificar como una traición a mi persona. No tenía derecho a quejarme de que hubiera habido un cambio de opinión en el último momento, pero no era necesario haber esperado para comunicarlo hasta que todo el plan se hubiera revisado por completo en Medellín. Bremen había sido bien informado sobre las fechas en Medellín y podrían haber enviado el cable con el cambio de opinión, por lo menos antes de la sesión decisiva del Consejo de Supervisión. Además, el cable debió ser dirigido directamente a mí, es decir, a la Dirección del Banco, y no al Consejo. Así la impresión habría sido bastante diferente, más comprensible.

Reiteradas veces había enfatizado en Bremen que el banco ya no tendría un futuro prometedor bajo las condiciones actuales y que mi confianza era tan escasa que con gusto estaría dispuesto a renunciar a mi puesto en el caso de que no sucediera nada para fortalecer la posición del elemento extranjero. Ahora repetí las mismas opiniones en mis cartas, anunciando una vez más mi intención de retirarme de mi puesto si Bremen no tenía otras intenciones que dejar que las circunstancias tomaran simplemente su curso.

Esto fue seguido por meses de correspondencia estéril y desagradable con Bremen, al mismo tiempo que mi relación con el Consejo de Supervisión de Medellín, principalmente con el doctor Carlos E. Restrepo y Manuel M. Escobar O., se enfriaba cada vez más. Ambos habían sido influenciados en especial por la autoridad bancaria, en el sentido de fortalecer el carácter colombiano del banco, y fueron justo estos dos, con los cuales había mantenido durante largos años una relación de amistad tan estrecha, con quienes tenía ahora más de una discusión desagradable. Ambos elevaron repetidamente la acusación de no haber sido informados por el elemento alemán en el banco, de todos los detalles de la política comercial superior, lo cual era, ante todo por parte de Escobar, una gran injusticia. Este último era llamado en ocasiones por el difunto Alejandro Echavarría como “el confesor de los alemanes del banco”. Su opinión siempre se buscó primero en todas las cuestiones importantes, y además, siempre se mantuvo en contacto epistolar directo con el Consejo de Supervisión de Bremen.

Un día, por recomendación del doctor C. E. Restrepo, fue nombrado revisor de cuentas del banco un pariente suyo. El hombre se evidenció tanto profesionalmente, como de carácter, totalmente inepto para el puesto y debió ser despedido. Por supuesto que este incidente no aportó en nada a mejorar el ambiente.

A pesar de seguir estrictamente todas las reglamentaciones de la autoridad bancaria, la relación con ella tampoco mejoraba y mi convicción del dudoso futuro al que se enfrentaba el banco se hizo cada vez más fuerte.